



Dolores Ibarruri:

# “La PASIONARIA”

Por JOSE MANCISIDOR

Me hallaba por segunda vez en Leningrado. Era una espléndida noche a finales de mayo. Apuntaban ya las "noches blancas" y sobre la ciudad descendía el acerado brillar de un cielo claro por el que hacía muy poco alumbraaba aún el sol.

En el hotel de Octubre, a espaldas de la pesada y antiestética estatua de Alejandro III, cenaba con mi guía. A nuestro alrededor, entre lenguas extrañas que no podía comprender, palabras españolas dispersas y sin un sentido claro. En otras mesas, no lejos de nosotros, un grupo de hombres discutiendo con calor. Mi guía me explicó:

—Españoles...  
—¿Españoles? ¿Qué hacen aquí?  
—Refugiados.— Luego continuó:

—De Asturias. Mineros asturianos del movimiento de octubre.

En torno de sus mesas, los refugiados seguían discutiendo con animación y gesticulando desordenadamente a la manera propia de los españoles.

En medio de aquel salón, en el que la música para el turismo me impedía satisfacer mi curiosidad, yo me sentía atraído por aquellos hombres. ¿El motivo de la charla? ¡Español! La política española... Saltaban de vez en cuando los nombres de Azaña, Indalecio Prieto, Alvarez del Vayo...

Había triunfado en febrero el Frente Popular español. Los refugiados iniciaban el retorno. Volvían a sus recias tierras asturianas, a las tierras abandonadas cuando la represión y el salvajismo imponían sus más negras consignas.

Los españoles continuaban gritando. Sus voces, sobre el chillar del clarinete, el roncar de los latones y los lamentos del saxofón, llegaban más precisas. Mi guía, observando mi curiosidad, entró en consideraciones:

—Estos hombres trabajan aquí. Son refugiados políticos. Pero el refugiado político en la U.R.S.S., es un soldado de la revolución. Y un soldado de la revolución es siempre, sin género de dudas, un buen ciudadano de la Unión Soviética.

Después aclara muchas preguntas. Y para terminar fija mi atención.

—Aquél—señalando a uno de esos hombres, el único tal vez retraído y silencioso en la reunión—es el compañero de "La Pasionaria"... Un buen camarada, sabes, pero menos interesante que ella.

En Madrid, un mes después, he conocido a "La Pasionaria". Alta, invariablemente calzada, tipo señorial, con un porte de distinción y dignidad nada común. Su voz, pastosa y vibrante, posee cálidos matices, que se resquebraja en la protesta de Nicolás Piérola por la existencia que los pobres en aquellos días...

Rocajada entre unos hombres perfectos de luchadora, la cabeza más interesante de España. El pelo negro, brillante, blanqueando en las sienes de pensadora como aureola de triunfo.

"La Pasionaria" ha sabido de cárceles y persecuciones, de atentados y desgracias. Su negra silueta, sus ojos fulgurantes y su voz acusadora, son el testimonio más firme de la España de nuestros días. Así ha recorrido toda la gama del sufrimiento sin sentirse doblegada. De él ha surgido como el Fénix de sus cenizas, con nuevos bríos para la lucha y una nueva fé en la victoria.

Allá, en Leningrado, he visto a su compañero. Callado, con la mirada lejos de donde él estaba. Pensando seguramente en "La Pasionaria", en esta mujer hermosa, símbolo de la revolución en España y voz de los humildes con grandes resonancias.

Cuando he llegado a Madrid, esta voz vibra aún con sonoridades metálicas. En España apunta ya la tragedia que tan incansablemente nos conmueve. Y "La Pasionaria", con valor indomable, con la serenidad que se adquiere sólo a través de las grandes vicisitudes de la existencia, ha levantado su voz—voz inflexible y lógica—para acusar a las derechas criminales que preparaban esta feria de sangre que hoy se consuma en España. Muy pocas veces las voces humanas han tenido una acción más noble y elevada.

"La Pasionaria", con el gesto señorial y la valentía que en ella es innata, ha revelado al mundo el crimen inaudito elaborado en las tinieblas por los fascistas españoles. Su palabra ha sido torrente a ratos y en otros cauto armonioso por la tristeza de los humildes. Ella ha desenmascarado a los "generalitos reaccionarios" que, en un momento determinado, azuzado por elementos como el señor Calvo Sotelo, pueden levantarse contra el Poder del Estado. Y de la misma manera ha denunciado todo el horrendo proceso de la represión de Asturias y la epopeya gloriosa de los mineros asturianos.

La dialéctica de "La Pasionaria" es vigorosa. Discípula de Marx y Lenin, sabe que la dialéctica es un arma. Y la esgrime y la maneja con maestría muy poco acostumbrada. Para eso ha hecho su aprendizaje en el Partido Socialista y por eso pertenece ahora a las filas cada vez más compactas del Partido Comunista.

Ella ha dicho este histórico discurso desde el sitio que ocupa en el Parlamento. Allí donde la han llevado la confianza y la imperiosa vo-

luntad de los mineros asturianos. Y "La Pasionaria", esta magnífica mujer que polariza el amor de todos los explotados del mundo, no ha defraudado a quienes depositaron en ella, en su palabra, en su energía, en su actividad, todas sus ilusiones.

La emboscada y la preparación del movimiento contrarrevolucionario español, fueron revelados por "La Pasionaria". La política hipócrita y falaz de las derechas no pasó inadvertida para el Partido Comunista en que ella milita y su palabra demoledora cumplió las consignas recibidas.

Desde entonces los acontecimientos se violentaron. Las derechas habían sido descubiertas y... puede afirmarse—lo hablan sido por una de las voces más autorizadas de la España contemporánea. Un diputado derechista, dominado por esa silueta respetable de mujer, expresaba poco después de que "La Pasionaria" hubiera pronunciado su memorable acusación: A mí no me duelen prendas y tengo que reconocer que el discurso de "La Pasionaria" revela un talento y un temperamento parlamentario de gran interés, porque tiene coraje, emoción y dice cosas con razonamiento y mesura. Por eso la he escuchado con tanto respeto. Claro que le faltaba agregar la gran verdad y el valor histórico de las frases de "La Pasionaria".

Porque "La Pasionaria" es el tipo perfecto de la militante comunista. Con un corazón de oro y un cerebro fortalecido en la teoría y la táctica marxistas. Sin alardes ieréticos; sin aspectos románticos; con una hondura y un realismo innegable en todos sus actos, como encadenamiento y continuidad sin límites en el conjunto edificante de su propia historia.

Habla a los trabajadores y los excita para vivir alertas. Se dirige al pueblo de Madrid y le recuerda que es el heredero del glorioso Dos de Mayo. Le aconseja, con voz tan fuerte que rebasa las fronteras nacionales, que se deje arrastrar por el camino de la destrucción, del robo vergonzoso, del incendio.

Porque "La Pasionaria" es la voz de los trabajadores faltan clubs, casas para reunirse, viviendas dignas, por lo que los edificios de los enemigos no deben ser destruidos, sino "incantados" por el Gobierno y puestos a disposición del pueblo trabajador, que con su sacrificio ha hecho posible el triunfo.

Nadie como "La Pasionaria" para ser escuchada por

la masa. El proletariado la conoce y la ve aparecer en el momento difícil y cuando las circunstancias la reclaman, con la misma oportunidad con que brotara un manantial en el desierto frente a las sedientas caravanas. Ella es, en esta hora complicada, madre, hermana, compañera, mujer... Mujer que con espíritu sutil ha logrado anidar en el corazón de todos los luchadores españoles.

Mas aconsejar a la masa no es su único propósito. Hermana su vida con ella y sufre sus ansias, sus desvelos, sus alegrías. Toma su puesto en las fronteras del irrebasable Guadarrama y torna a Madrid con la experiencia vivida de lo que allá está haciendo falta.

«Hace apenas unos momentos—dice—que he regresado de las líneas de fuego, donde he podido comprobar el valor impetuoso de nuestros compañeros.»

Sin embargo, eso no basta. Constatar el valor de los trabajadores españoles es insistir en una verdad que la historia nos tiene demostrada. ¿Acaso tué para esto a las trincheras? ¡No!... Hay

algo más urgente que realizar y allí está ella, con su entusiasta palabra, con su gesto sobrio y mesurado y su figura severa, a la usanza de las antiguas matronas romanas.

"La Pasionaria" habla de los milicianos: "¡Que no les falte nada! ¡Que sus mujeres, que sus hijos sean guardados por todos los antifascistas!" Y recuerda a la población de Madrid, la deuda que está contrayendo con "los valientes defensores de la democracia y la libertad!"

El pueblo madrileño responde a su llamado. Allí están ahora los niños de los luchadores atendidos por el magisterio nacional. Cada maestra es una madre más, una madre tierna y apasionada para los hijos de los que en las trincheras del Guadarrama han cerrado el paso a los traidores.

"La Pasionaria" no descansa. Vive en estas horas trágicas en posición de combate. Veda allá, en su elevada estatura, arengando a los soldados. Veda siempre en donde un hecho heroico o un sacrificio haga falta, dando el ejemplo y señalando la trayectoria que limpia y magnifica los valores humanos.

En el Frente Popular de la zona como todos los que sabemos de sus constantes desvelos, la amamos a distancia. Ella lucha por nosotros y hace de su corazón un dique y de su verbo una piqueta en contra de las sombras y la barbarie. «La derrota definitiva—ha asegurado ella a través de las hondas hertzianas—que nosotros vamos a infligir al fascismo es un golpe de muerte a la reacción mundial.» Y la reacción mundial no lo ignora. Lo sabe y toma posiciones en la contienda. Italia, Alemania, Portugal, regímenes de opresión y esclavitud, recorren a todos los medios a su alcance para lograr el éxito de los traficantes de España. Armas, parque, tanques, aeroplanos y cuanto elemento destructor ha descubierto el ingenio humano, han salido de las fábricas fascistas para socorro de los Mola, Cabanellas y Queipo del Llano.

«La Pasionaria», comunista que conoce la vieja táctica de sus enemigos, denuncia el juego. «El hecho de que el Partido Comunista ocupe un puesto en la vanguardia de la defensa de las libertades populares, de la República y del Gobierno nacido del Frente Popular, les sirve de pretexto para lanzar la insidia de que en España se ha implantado el comunismo y que nuestro país se debate en la anarquía y la catástrofe.»

Pasa a la sexta página

## La confesión de un billete de Banco

por ABEL DOBLES CH.

¡Muy avergonzado y arrepentido estoy! He dejado en pos de mí, una estela de crímenes, de dolor, de llanto, de ignominia, de ruina de corrupción!

Confieso que he estado muchas veces preso en las gavetas, cajas de hierro, registradoras, bóvedas, portamonedas, carrieles, billetes y bolsillos. Perteneczo a la Serie B y llevo el número 001313... pero esas prisiones no compensan mi maldad!

Miles de manos me han doblado, me han arrollado, me han escondido, me han estrujado, me han extendido: unas han temblado al tomarme y algunos dueños al contarme, se han escupido la yema de los dedos. Otros dueños que me han tenido en sus manos han sonreído satisfechos, henchidos de gozo. Los tahures acostumbrados a hacerme un bodego y eso me arruga mucho. Una vez sentí el golpe de una bala cuando me tenía en su billetera un jugador que hizo una trampa.

Y cayó muerto. Luego me decomisó un Detective que se quedaba mirándome fijamente, abriendo los ojos desmesuradamente, después pasó a manos de un abogado, a las de un ga-

nadero, a las de un doctor, a las de un Ministro, a las de un chino, a tantas otras.

Más tarde me encontré entre los forros de un saco de casimir muy viejo y luego aprisionado entre un inmundó colchón de paja.

Un mes después, por mi culpa, se cometió un hecho gravísimo que he de confesar aumenta la tristeza que me embarga hoy. Fue cuando un caballero, apuesto y galán, me entregó, junto con un compañero de igual valor, el número 832, a una vieja de anteojos, diciéndole en voz baja: "Bueno: aquí está el dinero convenido: lléveme a la niña esa a su casa; a media noche llegará".

¡Oh... cuánto habrá llorado la pobrecita madre, por culpa mía y del número 000832! Pero lo peor es que yo mismo servi para que después se dictara una sentencia absolutaria en favor de la corruptora de menores. Recuerdo cuantas veces temblaron las manos del señor Juez sentenciador al apretarme y monologar en su oficina, diciendo: "Bah... quien lo va a saber... maldita sea!"

Un día me encontré preso en una alcantarilla y me tuvo encerrado entre

las páginas de un libro emmohecido. Como era un hombre débil se multiplicaron los microbios de la tisis que yo llevaba y en el Hospital, durante su dolencia, me tuvo debajo de la almohada, hasta que al morir se hizo una investigación. Un enfermero titubeó cuando me tenía entre sus zapatos, pero respondió a un Jefe: «No... no señor... yo... yo... no he encontrado ningún dinero señor... Después otro enfermero lo reprendió pero calló el secreto. Eray amigos.

Encerrado en la caja de caudales de un comerciante, estuve cuatro meses hasta que me sacó, junto con otros compañeros de menor valor, para entregarme a un individuo de polainas, a la que le decía: "Tenga plata don... y no diga a nadie que estoy acá... arrez, porque ambos perdemos... entiende?"

Estaba luego encerrado en el carril lujoso de una señora aristocrática, que junto con otras, en amplia opulenta mansión comentaban sucesos sociales mientras tomaban un coctel mejor dicho, mientras embarrachaban. ¡Oh... esa dama— qué horror!

Pasa a la página 6